

mo médico y como informador que acudió al foco en busca de la verdad es la única digna y admisible.

Pero yo rectifico inmediatamente, sin la menor vacilación, esta patraña, y entonces, la prensa adicta a Asuero me «acaricia» con las especiales consideraciones que viene mostrando para cuantos no hacen fe incondicional de «asuerismo». Bien; la pasión los disculpa hasta de la falta de compostura ante quien, como yo, supo hacer toda su vida un culto de la honradez y de la nobleza. Y si por no consentir que mi nombre se utilice en la farsa soy anatematizado, bien venido sea el anatema. Los elogios de esos señores sí que me avergonzaron. Muy hábiles caballeros son éstos que han llevado su empeño al terreno de lo grotesco, saliendo «por peteneras» al paso de mi rectificación con este luminoso juicio: «¿Por qué se curó la enferma que intervino el doctor Noguera, aun cuando éste no tocara el trigémino? Pues, sencillamente: porque el doctor Asuero, que no quiere enseñar su técnica a los que a él llegan de mala fe, había tocado de antemano el trigémino a la enferma...»

La comedia termina en sainete.

¡ A MIS MADRILES !

Lector: Yo fui a San Sebastián para informarte verídicamente sobre una cuestión que para unos se hallaba planteada como una enorme farsa, y para otros, como algo que, llevando el germen o el fundamento remoto de un carácter científico discutible, era digno de estudio. Bien hubiese querido volver a mi mesa de redacción portador de nuevas distintas de las que traje. Y lo deseé ardientemente porque, como médico y como mortal, yo suspiro, como todos suspiran cada día, por el nuevo remedio terapéutico que cure o alivie el mal sin esperanza. Pero... al sentimiento de comprender que lo visto por mí, *lo visto por mí*, no ofrece la más leve trascendencia ni para los enfermos ni para los médicos, debo unir la de verme como el inmortal castellano, dolido y maltrecho. ¡Qué hemos de hacerle! Paciencia, Sancho amigo, que ya pasará la locura. Tú bien sabes, Sancho de mis pecados, que yo hubiera podido dar por bueno todo lo dicho por mis enenigos y volver famoso a mis tierras para poner sobre mi puerta este cartelito: «He aquí llegado el primero y el único a quien se han confiado los secretos del nuevo arte, el que dicen que curó por mano de santo». Y muchos doblones hubieran caído en mis arcas. Y hubiera seguido siendo el más ilustre varón para muchos. Pero, Sancho amigo, esto nos lo veda el noble ejercicio de la caballería.